

Anita observó que la persona mas conmovida por aquella relación, era Salvador.

Debía no ser muy aventurado el juicio de Anita, porque Salvador, haciendo un esfuerzo, dijo:

—¿Sabes que está muy triste la historia que nos cuentas? estás entristeciendo á las señoras.

—No, no, al contrario; dijeron varios, que siga, que siga. Esto nos conmueve, pero nos hace gozar.

—Propongo una cosa, dijo Castaños.

—¿Cuál?

—Que sigamos tomando café en el jardín en donde acabaremos de oír la historia.

—¡Aprobado! ¡aprobado! dijeron varios levantándose de sus asientos.

—¡Al jardín! ¡al jardín!

Y todos siguieron el movimiento; los criados arreglaron el servicio, y algunos momentos después se había formado un compacto grupo en la gruta artificial que conocen ya nuestros lectores.



CAPÍTULO VIII.

LA HISTORIA DE FERNANDO IBA HACIENDO EFECTO EN SALVADOR.

HESPERABAN todos á Carlos en el jardín, guardando cierto silencio que indicaba que cada uno de los oyentes estaba á su vez preocupado con el relato de aquella historia.

Salvador y Chona no se habían sentado juntos.

Á Anita le habían crecido los ojos.

Castaños parecía impasible, pero su cabeza era una devanadera y sus ojos no le perdían movimiento á Salvador.

Carolina empezaba á tener motivos para creer que Castaños disimulaba más de lo que era necesario.

Y hasta el padre González, tan llano como era, no dejaba en esta vez de notar que en todo aquello había algo misterioso.

Anita rabiaba por hablar, y no hubiera perdonado medio para conseguir que Castaños conociera sus impresiones; así es que al cabo de un largo rato de embarazoso silencio, dijo por fin á Castaños:

—Si no hablo reviento ¿qué opina usted?

—Que es muy raro, contestó Castaños, que Carlos se ponga á contar historias.

—Y las cuenta de un modo.....

—Aquí hay algo muy grave.

—Ojo al Cristo.

Todo este *paño* fué ejecutado con la mayor destreza, pues los apartes eran entre Castaños y Anita, lo que hacían los dos con más perfección, al grado que este causó calofrío á Carolina, quien, olvidándose de la historia de las tortolitas, pensó que el tal

Castaños era un bribón que enamoraba á todas.

A propósito de los celos, diremos que no hay faz mas curiosa de la humanidad que la que presenta cuando se pone en juego esta pasión.

El día en que los celos pudieran entrar en cuentas consigo mismos, habrían de contarnos cosas para taparnos los oídos; pero las cosas están dispuestas en el mundo de manera que los celos han de ser siempre una de las caretas de la verdad, y han de existir, mientras la verdad le esté vedada al hombre.

Carolina preparó un *speech*, tragó saliva, se acercó á Castaños, y le dijo no sabemos cuántas barbaridades.

Castaños contestó.

—Estás tocando el violón, ya te diré, y siguió hablando con Anita.

—¡Ahí viene Carlos! dijo Chona.

Todos volvieron la cara.

Carlos se acercaba.

Tomó asiento en el centro del grupo, pu-

sieron en sus manos una taza de café, y continuó la historia:

—Los dos cazadores se acercaron, ya libres de los perros, al tío Mateo y á María.

El tío Mateo con las mandíbulas contraídas, sólo articulaba sonidos incomprensibles, pero con la ayuda de una mímica desgarradora, indicaba á aquellos intrusos, el estrago que habían ido á causar.

El que había disparado sobre las tortolitas, creyó de pronto que errando el tiro, sin saber cómo, había herido á María, mientras que Fernando, el que no había tirado sino á uno de los dos perros, había dejado su arma y se había inclinado poniendo una rodilla en tierra, para socorrer á María; pero no bien había ejecutado este movimiento, cuando el tío Mateo, dejándose llevar de la ira y la violencia, separó bruscamente de su hija á Fernando.

—Advierta usted, dijo el compañero de Fernando, que no hemos tenido intención de hacer mal á nadie.

En contestación el viejo lanzaba un soni-

do particular, que se hacía cada vez mas impotente á medida que los mismos esfuerzos que el tío Mateo hacía por hablar, le secaban más las fauces y le trastornaban más el sistema de los órganos de la voz.

Fernando y el otro cazador se vieron sin saber qué partido tomar, pero bien pronto se convencieron de que María estaba sólo desmayada, y de que el viejo no tenía otra cosa que una luxación de la mandíbula, debida á algún esfuerzo que había hecho el viejo por gritar; de manera que á poco rato, no tuvieron sino solicitudes y cuidados para aquellos dos enfermos.

María volvió en sí viendo los ojos de Fernando, y le pareció que soñaba.

De pronto pronunció algunas palabras incoherentes, y después se volvió hacia su padre:

—¿Por qué no me habla usted, padre? preguntó; ¿está usted malo? ¿está usted enojado conmigo.

El tío Mateo se contentó con acariciar á María, quien no tardó en notar en la ca-

ra de su padre aquella extraña contracción.

—¿Qué tiene usted? ¿qué es eso? ¡padre!
¡padre mío!

—No es nada, se apresuró á decir Fernando, eso se le va á quitar muy pronto.

Y Fernando puso con su pañuelo una venda al tío Mateo, mientras se procedía á encajar de nuevo las mandíbulas.

Su compañero se había retirado para buscar algún peón que fuera á la hacienda ó á un pueblo inmediato en busca de un médico ó de algún curandero que supiera ejecutar la operación que se necesitaba.

Fernando y María no necesitaban para hablarse más que ese brillo singular de la mirada de dos seres que, en la relación misteriosa de su idealismo, destellan en sus ojos frases que acaso comprenden solamente las almas que arden en amor.

El silencio de aquellos tres personajes era elocuente.

Fernando creyó que debía disculparse, porque temía aparecer como el autor inmediato de aquel suceso.

—Debía haber venido solo, dijo; pero mi amigo..... Fernando pronunció el nombre de su amigo.

—¿Cómo se llamaba? preguntó doña Rerugio.

—No debo decirlo; es un secreto.—Yo no he intentado jamás contra la vida de seres indefensos. Esas preciosas avecitas, dijo Fernando, ¡eran tal vez tan felices hace poco!....

—Se estaban besando, murmuró María dejando ver que sus ojos se empañaban con lágrimas.

—Yo no las herí; yo sé respetar la vida en todos los seres: ¿acaso las aves no son criaturas sensibles como nosotros? ¿por qué robarles su dicha? ¿por qué condenarlas al tormento de morir, cuando tal vez están gozando más que nosotros de la vida?

—Se estaban besando, repitió María, yo las ví morir... ¡Padre!... mi padre no habla.... vea usted.... está sufriendo....

El tío Mateo hizo seña de que no sufría,

y procuró fingir una sonrisa; pero la contracción nerviosa no vino en auxilio de su deseo, porque en la tirantez de sus mejillas no cabían las líneas de la risa.

Fernando se puso á meditar en aquel fenómeno nervioso que tenía al tío Mateo sin habla, y deseando curarlo, pasó sus dedos por el encaje de la mandíbula, y notó la desarticulación.

Alguna vez había podido observar en una calavera los goznes de las mandíbulas, y pensando que, supuesto que no se había roto ningún tejido al verificarse aquella desviación, bien podría volver la mandíbula á su lugar, sin causar ningún daño.

La tirantez de los músculos le hizo comprender que ella misma era un obstáculo, (por la tracción que ejercían), para el nuevo encaje de la mandíbula, de manera que hizo este cálculo:

—Si hago bajar la mandíbula sólo lo necesario para que el encaje superior no impida la entrada del inferior, la misma tracción de los músculos estará á mi favor.

Todo esto pensaba Fernando, mientras María, mas y mas afligida, le rogaba incessantemente que buscara un medio para hacer hablar á su padre.

Fernando comprendía, que al conseguirlo haría olvidar mas fácilmente el desagradable incidente que acababa de pasar.

—Voy á procurar poner la quijada en su lugar, dijo, he oído decir que esto es bien sencillo, ¿usted quiere que probemos? preguntó al viejo.

El tío Mateo hizo una señal afirmativa.

—Sí, sí, dijo María en tono suplicante.

Entonces Fernando, apoyando las yemas de sus dedos pulgares sobre los dientes molares inferiores del tío Mateo, se apoyó con fuerza hasta que sintió moverse la mandíbula caída; pero la reacción fué tan fuerte, que recibió en ambos dedos la mas formidable mordida.

—Perdón, dijo el tío Mateo, usted...

—¡Silencio! vendaremos de nuevo la quijada. Ya todo terminó.

—¡Ay! es usted médico, dijo María llena de júbilo.

El viejo estrechaba con efusión las manos de Fernando, y mostraba á su hija los lastimados dedos del operador.

Cada vez que el viejo quería hablar, se lo impedía Fernando por temor de que volviera la desarticulación; pero el tío Mateo estaba deseoso de manifestar su agradecimiento, y se deshacía en señas que suplieran á la palabra.

La noche había llegado sin que ninguno de los oyentes de Carlos se hubiera dado cuenta de ello, á excepción de Castaños y Carolina, para quienes la oscuridad había sido tan propicia que tenían las manos, sin que nadie lo viera, estrechamente unidas.

Salvador no había procurado levantarse de su asiento.

Chona estaba profundamente pensativa.

Acaso tenía motivo para conocer la intención de Carlos al narrar aquellos acontecimientos que preocupaban tan visiblemente á Salvador.

Los oyentes guardaban profundo silencio. Salvador, Chona y Carlos veían negro como la noche su mañana.

¡Quién sabe cuántas amarguras les esperaba!

